CÓMO EVANGELIZAR DESDE LA CÁTEDRA

P. Alfredo Saenz, S.J.,

Ediciones Mikael, 1982

I - BREVE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

El tema de la educación es un tema perenne. Ya los griegos se preocuparon por la formación del hombre integral. Y lo pensaron sobre todo en base a dos actividades, la gimnasia y la música, la gimnasia para la formación del cuerpo y la música (o bellas artes) para la educación del alma. Así trataban de lograr el hombre de la "areté", de la virtud.

Llegada la época del cristianismo, se planteó enseguida en la primitiva Iglesia el problema de la vinculación de las materias profanas con la revelación cristiana. Ello fue motivo de largas discusiones, que tuvieron por protagonistas a algunos Santos Padres y escritores eclesiásticos, discusiones que versaron acerca de la relación entre el Evangelio y la cultura griega o, al decir de Tertuliano, entre Pablo y Aristóteles. Razón y revelación, filosofía y cristianismo, naturaleza y gracia: he ahí los dos elementos que a veces pudieron ser considerados en relación dialéctica.

El hecho es que con el tiempo se fue produciendo la anhelada síntesis entre la revelación -que provenía del ámbito del pueblo elegido y la cultura del mundo greco-romano –derivada del ámbito de lo que los judíos llamaban "las naciones" o los gentiles. Ambas cosas: la revelación y la cultura, aunque de distintos modos, brotaban de la misma Providencia divina. Al fin y al cabo, Cristo no era sino la plenitud de los tiempos, no sólo la plenitud de la revelación sino también la plenitud de la sabiduría, el Logos encarnado. Gracias principalmente a los intentos de la escuela palatina de Carlomagno, dirigida por Alcuino, se fue organizando la primera educación católica que alcanzaría un momento de apogeo en la Edad Media, la tan vilipendiada Edad Media.

La enseñanza se repartía en el "trivium", constituido por la gramática, la retórica y la dialéctica, o sea la enseñanza del idioma latino, la literatura y oratoria, y el arte del razonamiento. El "quadrivium" completaba la formación intelectual añadiendo la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Esta última disciplina comprendía las diversas artes liberales: poesía, historia y música propiamente dicha. Sin embargo, la enseñanza no quedaba circunscripta a estas siete materias. Trivium y quadrivium no eran más que medios; el fin consistía en formar a los alumnos en la verdad y la sabiduría. Todo el estudio de las diversas asignaturas humanas estaba empapado de Dios, de Cristo, de Iglesia, estaba bañado en la teología, en el conocimiento del mundo

sobrenatural, sin escisión alguna. Cristo era considerado el Rey no sólo de las naciones -Rex regum- sino también de la cultura -Rex veritatis.

A partir de fines de la Edad Media comienza un proceso de desintegración de la cultura. El primer paso lo da **el Renacimiento**. El hombre del Renacimiento continúa siendo cristiano: para él teóricamente DIOS sigue existiendo, pero sin embargo a la gloria de Dios va progresivamente sustituyendo de hecho la gloria del hombre. Este hombre es el que afirmando la gracia y el pecado, su filiación divina, etc., pero en la práctica se va convirtiendo en hombre a secas. El genio y el artista sustituyen al hombre virtuoso el príncipe maquiavélico sucede al rey santo, 'al estilo de San Luís. Interesa más el nuevo "homo universalis" que el "homo religiosus" del trasnochado medioevo. Subsiste la religión, pero escindida de todo lo demás. Lo temporal profano pretende independencia absoluta; no su justa autonomía sino su independencia total. La filosofía rompe con la teología; el derecho, la política y el arte se divorcian de la moral. Queda inaugurada la era de las rupturas y de las rebeliones.

Luego viene **el Protestantismo,** que implica un avance en la línea de la escisión desintegradora de aquel edificio arquitectónico que había constituido la grandeza de la cristiandad medieval. Dios existe, sí, pero se lo aleja más y más, hacia el mundo de lo irracional. Asimismo la Iglesia, expulsada antes del ámbito temporal, lo es ahora del ámbito mismo de lo religioso, e incluso se la aliena del hombre individual, el cual en adelante, recurriendo al libre examen, deberá entenderse a solas con Dios. Y dentro mismo del hombre, la grieta entre gracia y naturaleza se va ampliando, ya que según la concepción protestante la gracia es algo puramente extrínseco que cubre pero no sana ni eleva propiamente. A su vez el mundo queda mucho más secularizado, no sólo porque la Iglesia ha sido exiliada de lo temporal, sino porque incluso los templos materiales dejan de ser templos sacros al desaparecer de ellos el sacrificio y al quedar reducida al mínimo la sacramentalidad.

Después se da otro paso: **el Deísmo**, que surgiendo en Inglaterra, pasa luego a Francia y Alemania con el nombre de lluminismo o Aufklarung. El proceso de la rebelión avanza. Ahora va a comportar la negación de todo el orden sobrenatural. Dios existe, sí, pero no es el Dios de la revelación, el Dios uno y trino, sino el Creador del orden natural, el supremo Hacedor, el Arquitecto, que hizo el mundo y se fue. Un Dios que está en el principio y en el fin. Pero no está en el presente, en la

historia. Y lo que cuenta para este hombre es tan sólo la historia, lo intrahistórico. Es la época de la sectorización de la enseñanza, del enciclopedismo masónico. Es el mundo liberal, burgués, el mundo del "homo faber", del rendimiento, del negocio.

Finalmente accede **el Materialismo** contemporáneo, el individual freudiano y el social marxista. No sólo se expulsa a la Iglesia -como en el protestantismo- ni a Cristo -como en el deísmo sino al mismo Dios, proclamándose el ateísmo, o mejor, el antiteísmo más radical. Porque, si bien Dios no existe, debe ser combatido como si existiera. El hombre es sólo materia. Cualquier pretensión de espiritualidad, especialmente en el nivel de la educación, constituiría un espejismo alienante. Y el mundo se convierte en un hormiguero, un enorme Gulag.

Nosotros vivimos en esta época, en este siglo XX, que ha recibido los desemboques de todo ese largo proceso iniciado en el Renacimiento o al fin de la Edad Media. Y es precisamente el ámbito de la cultura el que ha sido más bombardeado por las fuerzas disgregadoras. Hoy todos los valores están en tela de juicio: la verdad, el bien, la belleza, el amor, la patria, la familia, Dios, todo. Y conste que no se trata de una crisis localizada en un espacio determinado, sino que se extiende peligrosamente, ya que prácticamente incide sobre la totalidad del mundo a través de los medios masivos de comunicación. Una crisis que, para colmo, se presenta encarnada en personajes de literatura, o en personajes reales, del cine, del arte, lo cual resulta aún más impactante. La consecuencia: el hombre se siente vacío disperso, incapaz de pensar, con una desbocada apetencia de sensaciones y de cosas materiales, ese hombre que experimenta una especie de frenesí por vencer el horrible aburrimiento que lo diseca.

Decía Chesterton que las viejas virtudes cristianas se han vuelto locas. ¿Cómo se produjo este enloquecimiento? Primero, desconectándose las virtudes entre sí. La caridad, por ejemplo, desconectada de la verdad, puede llevarnos a amar tanto al pecador que acabemos por decir que el pecado no es pecado. Segundo, desarraigándose las virtudes de sus respectivas potencias. Así, a una virtud cristiana tan fundamental como es la humildad, que tiene su propio lugar en la voluntad, se la cambia de potencia, se la ubica en la inteligencia. Y entonces tenemos al hombre relativista, al escéptico, al que la certeza le angustia; su paz reside en la duda. Virtudes, pues, desconectadas; virtudes desubicadas de sus potencias y objetos. Más aún: en ocasiones las potencias y hábitos actúan sin objeto alguno. Funcionan

en el vacío, patinando como las ruedas sobre el barro. Es lo que le pasa con frecuencia al hombre de nuestro tiempo que se siente angustiado, deprimido, sin saber por qué, y entonces odia y declara repugnante la realidad con que se topa, cualquiera sea ella. Es el nihilismo, la culminación y el paroxismo del subjetivismo, del autoencierro del hombre que se quiso autosuficiente.

II - EL COLEGIO CATÓLICO

Frente a este mundo apóstata de Jesucristo y de su santa Iglesia, nos urge la ardua pero apasionante tarea de la evangelización. ¡Ay de nosotros si no evangelizáramos! Pues bien, el colegio católico tiene a este respecto un papel sustancial. La evangelización, dice el documento de Puebla, incluye la educación, porque la Iglesia cuando evangeliza no deshumaniza al hombre, antes bien lo ennoblece. Y aunque la educación no pertenezca al contenido esencial de la evangelización pertenece sin embargo a su contenido integral. "La educación resultará más humanizadora en la medida en que más se abra a la trascendencia, es decir, a la Verdad y al Bien sumos". No hay, pues, dos etapas: primero humanizar, luego evangelizar. Mientras evangelizo estoy humanizando, educando. Así ha sucedido a lo largo de toda la historia de la Iglesia.

1. <u>Educción de todas las potencialidades</u>

Como lo ha explicado detalladamente Caturelli, la educación se ordena a la actualización creciente y armónica de todas las potencialidades del hombre (desde el existir al entender), hasta que la misma naturaleza del hombre alcance su plenitud. El verdadero maestro es aquel que de tal modo sabe desarrollar las hábitos buenos en sus alumnos, que éstos alcancen el total señorío de sí mismos, de modo que el adolescente llegue a "poseerse" de veras a sí mismo, por un creciente grado de interiorización en la verdad. Perfección ante todo de los hábitos técnicos, que se ordenan al dominio de las cosas que simplemente existen, para lo cual es necesario un conocimiento sumario de la naturaleza inanimada; en un segundo grado, el logro de un conocimiento también sumario de la naturaleza viva; para concluir en aquella realidad espiritual, la suya propia, que resume en sí misma toda la riqueza entitativa: el hombre, mediante la formación de los hábitos que perfeccionan la naturaleza humana total, es decir, las virtudes intelectuales que disponen para la ciencia y, sobre todo, las

virtudes morales que lo ordenan al Bien. Una educación que comprende estos tres grados, será de veras una educación integral. Generará planes de estudios coherentes, seleccionará los profesores no solamente entre los de más saber sino entre los de mayor virtud, procurará que los hábitos intelectuales se desarrollen en el estudio intensivo de las humanidades y los hábitos morales en orden a la integridad de la naturaleza humana.

Sin embargo, esto no es todo: formar al adolescente en su integridad total es un fin inalcanzable con las solas fuerzas de la naturaleza. Para llegar a la plena posesión de la Verdad, del Bien y del Ser, se necesita algo que está allende la naturaleza. Por eso, una verdadera educación que no quiera eliminarse a sí misma como educación, debe ponerse en estado de apertura a lo sobrenatural, pues sólo mediante un salto que trascienda lo contingente es alcanzable lo Absoluto, único ámbito en que puede lograrse la formación integral del hombre. Si la educación no quiere suicidarse como educación total, debe estar metódicamente dispuesta a no limitar su ascensión a los grados del ser natural, por sublimes que sean. En realidad sólo tiene dos caminos: o abrirse al orden de lo sobrenatural o cerrarse sobre sí misma. En este segundo caso, anula el fin de la educación al limitarlo arbitrariamente al solo orden natural; y si anula el fin de la educación, anula la educación misma ya que no es concebible una educación sin finalidad alguna.

No se puede formar al adolescente cuando no se atienden a sus diversas religaciones. El hombre es un ser religado de múltiples maneras. Religado a los otros, por ser "animal social". Religado al mundo, como integrante de la naturaleza. Religado a la ley moral; por sus exigencias de perfección. Religado al tiempo y a la historia, en cuanto heredero de una tradición y hacedor de una cultura. Religado al Absoluto por su condición de creatura. Religado finalmente a Cristo, por su carácter de redimido. Una educación que no atienda a todas estas religaciones no será verdadera educación, no será una educación integral.

Sólo habrá educación católica si Cristo es el faro que ilumina, la meta que atrae, el modelo que se contempla. Como dice el Documento sobre la Educación Católica, promulgado no hace mucho por la Sagrada Congregación de la Educación Católica. "en el proyecto educativo de la Escuela Católica, Cristo es el fundamento: El revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma capacitando al hombre a vivir de manera divina" (n. 34). Cristo debe ser la clave de bóveda; el

principio de cohesión y de armonía, "in Quo omnia constant" como dice S. Pablo (Col. 1,17).

2. Integración arquitectónica de todos los saberes.

De lo dicho hasta acá, se ve claramente la necesidad de integración de los diversos saberes en una unidad superior. Una cultura es un sistema de valores destinado a crear una visión del mundo. Y el valor supremo de una cultura cristiana es la gloria de Dios. Todo el actuar de lo que no es Dios, de lo que es relativo, tiene sentido en la medida en que dé gloria a Dios. La escuela, al decir del Documento antes citado, "es un centro donde se elabora y se transmite una concepción específica del mundo, del hombre y de la historia" (n. 8). Y más adelante, en texto decisivo: "La referencia, implícita o explícita, a una determinada concepción de la vida (Weltanschauung) es prácticamente ineludible, en cuanto que entra en la dinámica de toda opción. Por esto es decisivo que todo miembro de la comunidad escolar tenga presente tal visión de la realidad, aun cuando sea según diversos grados de conciencia, por lo menos para conferir unidad a la enseñanza" (n. 29). De ahí la insistencia de la Santa Sede en la necesidad de "transmitir de modo sistemático y crítico la cultura a la luz de la fe y de educar el dinamismo de las virtudes cristianas, promoviendo así la doble síntesis entre cultura y vida. y fe y vida" (n. 49).

Los conocimientos profanos y los conocimientos atinentes a la fe deben, en cierto modo, entrecruzarse.
Es conocida la célebre fórmula: "Intéllige ut credas, crede ut intélligas". El conocimiento profano sirve para ahondar en la fe. Y el conocimiento de la fe lleva a una inteligencia más profunda de las realidades profanas. No creamos que estamos dando una educación católica por el mero hecho de que en el programa de estudios, donde hay tantas materias dictadas según las más diversas ideologías, agreguemos una hora de religión. Así como no podemos pensar que estamos haciendo una televisora católica, porque a la programación general, que produce un verdadero lavado de cerebro, agregamos unos diez minutos en que hablamos de Cristo o de la vida eterna. Cuando decimos que la cultura debe ser sobrenatural, queremos afirmar que lo sobrenatural debe informar toda la cultura, de manera semejante a como decimos que la gracia asume la naturaleza. La educación debe ser unitaria: estoy educando a un adolescente que tiene una unidad de destino -natural y sobrenatural-, y no puedo desintegrarlo enseñándole según principios diversos sus distintas dimensiones. ¡Cómo no va a haber conflicto en la

sociedad de hoy y en el hombre de hoy, cómo no va a haber tanta esquizofrenia, cuando pareciera que todo lo que se hace es para dividir al hombre interiormente! Pensemos en las Universidades, incluso en las llamadas católicas, en las que con frecuencia las materias son enseñadas divergentemente, por profesores que piensan cada uno a su manera...

Tal vez alguno dirá que la catequesis no exige, de manera absoluta, la existencia de un colegio católico, pues podría darse en locales aparte y en horas extraescolares. Algo de eso es verdadero.
Sabemos que han salido excelentes católicos militantes de la escuela pública laica, donde estos aprendieron a agudizar su sentido apostólico. De ahí que el solo poder dar algunas horas de religión no justificaría el enorme esfuerzo que implica el montaje de un colegio católico. Sin embargo la verdadera educación no se hace por yuxtaposición; no se trata de sumar conocimientos cristianos a una conducta pagana; de enseñar el contenido de la fe agregándolo a una cosmovisión laicista. La formación humana y la formación religiosa no pueden ser opuestas, ni siquiera paralelas o sucesivas, deben imbricarse la una en la otra. El espíritu cristiano debe impregnar la enseñanza profana, procurar que las distintas materias sean consideradas a la luz de la Verdad divina, y lograr que sea Dios quien informe toda la actividad humana. Al fin y al cabo Dios es la causa primera y el fin último de todo. El pensar del cristiano debe inspirarse íntegramente en Él y a Él referirse. Todo debe llevar la impronta de la fe. Y es claro que sólo el colegio católico está equipado para realizar semejante labor, pues sólo él es capaz de impregnar todas las ramas del saber en el espíritu evangélico.

Si nos cuesta entender esto, escuchemos al menos las siguientes palabras de un marxista él sí bien consciente de la necesidad de una cosmovisión para formar el militante del Partido: "La fuerza del marxismo -decía- es la siguiente: un profesor marxista, un docente marxista de cualquier disciplina particular, abre perspectivas sobre una concepción global del mundo. La fuerza de nuestros profesores marxistas está en hacernos sentir que esta disciplina particular toma su sentido de la concepción global del mundo que Marx ha aportado". El colegio católico no puede ser tan sólo una institución en la que se enseña la doctrina cristiana junto con los demás conocimientos, sino donde todo, incluso lo que no es estrictamente enseñanza religiosa, se enseña con espíritu católico. No se crea que es mejor acumular cursos de religión o multiplicar cursillos de formación religiosa. Ello puede ser a veces útil. Sin embargo, aun prescindiendo de la dificultad tan común

de la falta de tiempo disponible, tal procedimiento es poco conforme a la psicología del adolescente y a las leyes de la asimilación. La explicación dada en pequeñas dosis, de un modo discreto pero categórico, por medio de advertencias ocasionales por parte de los profesores de las diversas materias profanas, es infinitamente mejor recibida por los adolescentes, penetra en su conciencia casi sin darse cuenta, y acaba por determinar su concepción del mundo, del hombre y de la historia.

III - EVANGELIZAR A TRAVES DE LAS MATERIAS

Como se ve, resulta hoy más imperativa que nunca la necesidad de integrar todas las materias dentro de una escala y un orden jerárquico. Realizar la síntesis, y la integración arquitectónica de los diversos contenidos del saber humano, a la luz del mensaje evangélico, y en orden al desarrollo de las virtudes que deben caracterizar al cristiano. Naturalmente que cada materia tiene su propia autonomía -sana autonomía-, debiendo ser desarrollada según sus principios específicos. Pero al mismo tiempo ha de contribuir a la cosmovisión cristiana. Las diversas materias no sólo no son antitéticas con la cosmovisión cristiana, sino que, respecto de ella, constituyen una suerte de preparación evangélica, ya que el auténtico desarrollo de la naturaleza es una especie de preparación a la gracia. Más aún, las materias profanas reciben iluminación y complemento de la cosmovisión cristiana; el puro saber profano tiene algo de indigencia; la cosmovisión cristiana ensancha sus horizontes para una mejor comprensión de la ciencia, del hombre y de la historia. Porque el verdadero saber sobre el hombre y el mundo sólo se alcanza cuando se reconoce la realidad total del hombre y de su historia de salvación, es decir, cuando se reconoce en el Verbo de Dios encarnado, recapitulador de todo, la luz verdadera que ilumina a todo hombre y a todas las cosas del hombre. De ahí la afirmación de Pío XII: "Todas las ramas del saber humano manifiestan a la inteligencia las obras de Dios y sus leyes naturales"; al tiempo que exhortaba a "hacer ver todas las cosas a la luz de la grande y divina Verdad" (6 de mayo de 1951).

Tratemos ahora de concretar más esta aspiración de la Iglesia recorriendo las diversas asignaturas, aunque sin intentar cubrirlas en su totalidad.

1. La Catequesis:

Esta materia -porque es necesario que sea también una materia y no sólo una "vivencia", como a veces se pretende- implica la comunicación de contenidos, a saber, la revelación divina y la doctrina del Magisterio de la Iglesia que explicita dicha revelación. Gracias a ella, el adolescente aprenderá a distinguir lo que se puede conocer por la luz natural y lo que sólo se nos ofrece por la revelación. Tres son los conocimientos catequísticos fundamentales: lo que hay que creer (el Credo), lo que hay que esperar (el Pater), lo que hay que amar (el doble precepto de la caridad y los Mandamientos). Pero no basta con aprender, es menester entrañar lo aprendido, asimilarlo, convertirlo en algo propio, hacerlo no sólo conocimiento sino bandera, militancia. La catequesis no puede ser en todo una materia como las demás.

2. La Filosofía:

A diferencia de la catequesis, la filosofía no parte de la revelación sino que es un conocimiento racional del mundo, del hombre y de Dios, a la luz de la razón natural, buscando siempre las últimas causas de la realidad. En esta materia, hay que evitar a toda costa que los adolescentes sean formados en el eclecticismo, contentándose el profesor con la exposición de los diversos sistemas filosóficos; hay que enseñarles a discernir, con espíritu crítico, el error de la verdad. El joven debe salir del colegio católico con una posición clara ante la vida, que le permita detectar los errores que pululan en el ambiente y lo capacite para saber refutarlos convenientemente. Una mente sólida no se forma con cuestiones disputadas, con dudas. Hay que ir a la filosofía perenne, a la de los clásicos, sobre todo a Santo Tomás. Sin obviar, naturalmente, el conocimiento de otras filosofías, pero juzgadas a partir de la filosofía perenne, única anclada en la realidad.

3. Las ciencias:

La enseñanza de las llamadas "ciencias" fisicoquímicas debe comunicar al joven el conocimiento de la materia y de sus leyes. En las ciencias se aprenden las leyes de la naturaleza. A algunos este conocimiento los ha de hecho conducido al ateísmo: la naturaleza, absolutizada, acaba por convertirse en un sucedáneo de Dios. Para el marxista la ciencia es lo único, reemplaza a la religión. En nuestros colegios debemos enseñar la física y la química con visión científica, sin duda, pero con un telón de fondo religioso. Dios es el comienzo y el fin de toda ley física, de toda propiedad química, Creador tanto del

electrón como de la estrella. Por eso el universo canta la gloria del Creador. Este mundo, con sus leyes admirables, es una palabra o un poema, "quasi magnum carmen ineffabilis modulatoris", decía San Agustín. El docente debe realizar su propia síntesis entre ciencia y fe, señalando como corresponde la presencia de Dios en su creación. La observación de los hechos se convierte así en un trampolín hacia Dios. La misma Sagrada Escritura, en cada una de sus páginas, suscita la admiración por el orden, hermosura y sabiduría que resplandecen en la creación. Será preciso despertar en los alumnos el sentido de la admiración ante la grandeza de la obra divina, admiración que es una de las mejores introducciones a la oración.

4. Las matemáticas:

Esta materia ayuda a crear en el alumno el hábito de la exactitud al tiempo que le permite tener experiencia de la "medida" de las cosas. Naturalmente, no hay diferencia entre un manual de matemáticas compuesto por un autor cristiano, y otro compuesto por un ateo. Sin embargo, si el profesor posee sabiduría cristiana, sabrá despertar en sus alumnos el culto de la verdad desinteresada, les inspirará el sentido del rigor intelectual. Las matemáticas exigen una suerte de ascética no ciertamente extraña al orden cristiano. Esta ascética está tejida de atención a la realidad dada, de método, de humildad, de perseverancia, de anhelo de precisión y concisión. El alumno irá advirtiendo que se podrá reencontrar con esfuerzos semejantes cuando, ya adulto, trate de modelar, por medio de la reflexión, su vida y la ciudad terrestre en conformidad con la fe católica. Además, la belleza y elegancia de ciertas demostraciones, lo conducirán a veces al silencio interior. Esa contemplación admirativa, ese contacto con un valor que linda con lo absoluto, provoca una dilatación interior, una sublimación, una purificación que no carece de analogía y afinidad con la plegaria. Sólo habrá que cuidar que el "esprit de géometrie" no extinga el "esprit de finesse", según la conocida expresión de Pascal.

5. La historia:

La importancia de esta asignatura para la evangelización es enorme. Solamente la memoria del pasado puede calibrar con exactitud cualquier análisis del presente o cualquier prospectiva. Aquello de la historia "magistra vitae" tiene acá plena vigencia. Será preciso que el profesor no se limite a la mera narración de los hechos. En su mente debe tener bien estructurado lo que se ha dado en llamar "filosofía de la

historia", aunque más bien habría que decir "teología de la historia". El libro clave para esta formación de fondo será el inmortal "De Civitate Dei" de San Agustín, donde el Santo Doctor desarrolla el curso de la historia a la luz del conflicto teológico entre dos ciudades, la Ciudad de Dios y la Ciudad de Satán, montadas ambas sobre el amor: el amor de Dios hasta el menosprecio del hombre la Ciudad de Dios, el amor del hombre hasta el menosprecio de Dios la Ciudad de la Tierra. Todos los hechos, épocas e instituciones, deberán ser estudiados en sí, con la autonomía legítima que tal estudio requiere, pero luego integrados en aquella grandiosa visión crítica y teológica. Así el alumno sabrá valorar adecuadamente las diversas épocas y acontecimientos de la historia e incluso aprenderá a leer el diario con inteligencia...

6. La geografía:

Esta materia constituye una apertura al medio próximo de vida, el cual a su vez es puente para pasar al orbe mayor. La geografía permite captar mejor al hombre, sus diversas razas, sus tradiciones; la del propio país ayudará a acrecentar el amor a la Patria. La geografía física contribuirá al conocimiento del Dios Creador, bello, poderoso, inagotable. La geografía humana permitirá conocer mejor al hombre, cooperador del Creador.

7. La literatura:

El objetivo propio de esta asignatura es el acercamiento a la realidad con un conocimiento distinto al meramente racional. El contacto con los grandes autores, especialmente los clásicos universales y de lengua española es de veras enriquecedor. En un poema elevado hay siempre algo de la inefabilidad de Dios. Particularmente el conocimiento cabal de nuestra lengua, en una época en que cada vez se la habla peor, permitirá al cristiano expresar su fe en el marco y el genio del propio idioma, el nuestro tan rico y tan preñado de catolicidad, de un pueblo "que aún reza a Jesucristo y aún habla en español".

8. La música:

La música -la buena música- no sólo es expresión de alegría y de amistad, sino también medio de elevación de los sentimientos humanos. La admiración por lo bello está muy unida con la aspiración a lo bueno. Ya los antiguos atribuían capital importancia a la formación musical. Porque la música forma al hombre. Los diversos tipos de

música hacen los diversos tipos de hombre: el hombre sensual, el hombre materialista, el hombre superficial. el hombre erótico, el hombre virtuoso. Es necesario que el colegio católico eduque en el sentido de lo estético, del buen gusto, de la música clásica. Máxime en nuestro tiempo en que la música parece rendir culto a la fealdad, al ruido ensordecedor que hace prácticamente imposible todo tipo de vida interior. El verdadero arte -musical o visual- no sólo transmite el sentido de las armonías sensibles, sino también el sentido de las verdades profundas, sobre todo las que dicen relación con el misterio. El auténtico papel del arte consiste en irradiar, a través de lo sensible, el esplendor de la verdad.

9. La educación física**:**

La valoración del papel que tiene el cuerpo en el desarrollo integral de la personalidad es una de las principales metas de la educación física. Desde que el Verbo se hizo carne, lo corporal ha adquirido una gran elevación, porque se ha adherido a la divinidad de Cristo con unión indisoluble. Si nuestro cuerpo está llamado a ser nada menos que templo del Espíritu Santo, es menester cuidarlo, respetarlo, fortalecerlo. El profesor de gimnasia debe estar imbuido de este sentido católico -no hedonista- del cuerpo humano.

Así pues, todas las materias, cuyo elenco no hemos recorrido en su totalidad, han de contribuir a forjar el hombre integral, ese hombre integral que precisamente por ser tal es cristiano y católico. Todas las materias deben reflejar a Cristo, la Realeza de Cristo, en el ámbito de la cultura. Filosofía, ciencias, matemáticas, historia, geografía, literatura, música, educación física, tantas maneras de evangelizar, de reflejar a Cristo verdad, a Cristo exactitud, a Cristo medida, a Cristo Señor de la historia, a Cristo Verbo encarnado en nuestro espacio humano, a Cristo el más bello de los hijos de los hombres. En una palabra: evangelizar es formar a Cristo en el alumno, hacer de él otro Cristo.

IV - LA FIGURA DEL DOCENTE

Es evidente que una misión tan formidable exige personas bien formadas. Exaltemos aquí la figura del docente. Será él quien habrá de determinar el carácter específico de la Escuela Católica, lo que requiere una visión católica del mundo, especialmente de la cultura, así como una pedagogía adaptada a los principios evangélicos. Bien dice el Documento de la Congregación de Educación Católica al que antes

hemos aludido: "Es evidente que semejante orientación de la enseñanza no depende tanto de la materia o de los programas, sino principalmente de las personas que lo imparten. Mucho dependerá de la capacidad de los maestros el que la enseñanza llegue a ser una escuela de fe, es decir, una transmisión del mensaje cristiano. La síntesis entre cultura y fe se realiza gracias a la armonía orgánica de fe y vida en la persona de los educadores. La nobleza de la tarea a la que han sido llamados reclama que, a imitación del único Maestro, Cristo, ellos revelen el misterio cristiano no sólo con la palabra, sino también con sus mismas actitudes y comportamiento. Se comprende así la fundamental diferencia que existe entre una escuela en la cual la enseñanza estuviera penetrada del espíritu cristiano y otra que se limitara a incluir la religión entre las materias escolares" (n. 43).

Cuenta Platón que los jóvenes se acercaban espontáneamente a Sócrates para oírle hablar porque tenían conciencia de que él era maestro, es decir, docto, en otras palabras, que podía enseñar porque sabía; y además, y esto era lo más importante, porque Sócrates era una sola cosa con aquello que enseñaba; enseñaba con su propia persona, con el espejo de su ejemplo. Platón concluye de ello que el maestro por excelencia es aquel que tiene un alma en la que reina el orden. Advierte Caturelli cómo este orden del que habla Platón, no es un orden inventado o creado por el maestro mismo; es un orden descubierto por él y hecho suyo hasta identificarlo consigo mismo, hasta hacerlo uno consigo. En el alma del maestro reina el orden de los principios que fluyen del descubrimiento de la verdad, y porque esta verdad poseída es común, el maestro puede comunicar con los otros, entrar en comunión con los estudiantes. Pero, para esto, al maestro tiene que pasarle lo que a Sócrates que era uno con lo que enseñaba y por ello los adolescentes iban a escucharlo.

El maestro: un hombre de orden, un alma arquitectónica. De ahí la necesidad de la propia formación. Nadie da lo que no tiene. No basta con conocer más o menos la materia que se dicta. Si es que de veras se quiere imbuirla de catolicidad será necesario que el docente encare con firmeza su propia formación -nunca terminada especialmente en el ámbito de la filosofía y de la teología, así como en el campo de la historia, tan importante para comprender el sentido de los acontecimientos. Son sobre todo estas asignaturas, trascendentes a todas las otras, las que crean orden en el alma del profesor, permitiendo que éste "ubique" su materia específica en la cosmovisión cristiana. Por eso la tarea de la educación exige en el docente,

verdadero ministro del Verbo, una penetración y profundización constante en la Verdad, así como un perfeccionamiento progresivo de su vida espiritual, es decir, de su total humanidad concreta, pues solamente tiene posibilidad de enseñar aquel que, como acabamos de decir, está identificado con la verdad que enseña.

Si queremos que nuestros adolescentes logren una formación sintética, arquitectónica, lo primero es lograr esta síntesis en nosotros mismos, ya que todos estamos bastante fragmentados o desintegrados, en buena parte por culpa de este mundo felón en que vivimos, mundo apóstata, de verdades enloquecidas. Lograr la unidad interior: he aquí nuestra primera meta. Tenemos que aprender a elaborar esa síntesis de todas las dimensiones de nuestro ser, poner en armonía nuestra inteligencia y nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestros sentidos. Recobrar un orden, un cosmos, en contraposición al caos en que estamos hoy inmersos. E informarlo todo con la luz de la gracia, con la fuerza de la gracia, con el calor de la gracia.

Tenemos que hacer de nosotros el santo, el docente santo. Tenemos que ser santos y fundadores, porque necesitamos crear instituciones que realmente sean canal de esa cultura que anhelamos. La tendencia a la santidad, y a una santidad fundacional, llenará nuestra alma de celo apostólico, de ese celo que es calor del alma encendida en el amor a Dios y que ama al prójimo por amor a Dios. Celo al ver cómo las almas se corrompen por el influjo demoledor de la sociedad de nuestro tiempo, que nada o casi nada nos ayuda en nuestra empresa, celo al ver que Cristo, que quiere hacerse uno, desposarse, con cada uno de nuestros alumnos, es por ellos preterido y postergado en pro de los amantes que se les ofrecen en el mundo moderno. Si no sentimos este celo en nuestro corazón quiere decir que aún tenemos mucho de funcionario y poco de educador, de apóstol. Pero siempre hay tiempo para rectificar el camino.

V - FORMAR HÉROES

Finalmente, no olvidemos que debemos formar para nuestro tiempo. Algunos interpretan esta afirmación como si debiéramos preparar a nuestros jóvenes para "adaptarse" al mundo moderno. Nada más lejos del ideal de un colegio católico. Hay dos maneras de ser modernos: haciendo lo que hacen todos, y sabiendo enfrentar los errores del propio tiempo con espíritu creador.

El Documento de la Sagrada Congregación, al que repetidamente nos hemos referido, dice que en la sociedad actual se hace necesario garantizar la presencia del pensamiento cristiano en medio del "caos de las concepciones y los comportamientos" de nuestra época (cf. n. 11). Y agrega: "Si se prestan oídos a las exigencias más profundas de una sociedad caracterizada por el desarrollo científico y tecnológico, que podría desembocar en la despersonalización y en la masificación, y si se quiere darles una respuesta adecuada, resulta evidente la necesidad de que la escuela sea realmente educativa; o sea, que se halle en grado de formar personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas" (n. 31).

Personalidades fuertes, capaces de discernir lo bueno de lo malo, que amen la justicia y odien la iniquidad, que abracen la verdad y aborrezcan el error. Eso es lo que necesitamos. Por ello, hoy menos que nunca tenemos derecho a formar mentalidades gregarias, católicos flanes. El enemigo de Dios y de la Iglesia tiene un especial interés por dominar el campo de la cultura. Sabemos que en Italia, los dirigentes del llamado "eurocomunismo" han dicho que en este momento no les interesaba tanto "la toma del poder" cuanto "la toma de la cultura". El que toma la cultura, da forma al país. Nosotros, católicos, hemos de trabajar intensamente por dar una forma católica a la cultura en nuestra Patria. Debemos formar jóvenes de carácter, capaces de negarse a la masificación contemporánea. Esa terrible dictadura del espíritu, peor que cualquier opresión física. La educación es obra de "artesanía", no de producción masiva o en serie. Formar jóvenes con ideales, con escala de valores, con una visión verdaderamente católica del mundo. Si al menos cada año salieran de nuestros colegios cuatro, sólo cuatro alumnos realmente bien formados y militantes, pronto cambiaría el ambiente de nuestra Patria. Resolvámonos pues a educar. Tal es nuestra misión, nuestra difícil pero fascinante misión.